

LA TUBERCULOSIS Y LA CIRUGIA MUTILANTE

Dr. E. Campodónico

Nadie que no sea un empedernido agnóstico, puede negar los grandes adelantos de la cirugía moderna. Adelantos y progresos que dejan tras de sí una gloriosa estela de beneficios para la humanidad doliente. No hay región, no hay territorio del organismo humano, que no haya sido agredido, con hígidas intenciones, por el instrumental cortante o explotante del cirujano moderno.

Organos tan delicados, como los ojos, y estructuralmente tan complejos como el laberíntico aparato auditivo, tejidos tan nobles y tan excelsos como el cerebro, han sido profanados y violados, con proficuos resultados, por la audaz y osada mano del quirurgo. Hasta el **sancta sanctorum** del cuerpo humano, el corazón, ha sido objeto de intervenciones sagaces y atrevidas.

Es, pues, natural, que partes del organismo mucho más modestas y humildes, como las amígdalas y el vermicular apéndice—que son parias respecto de otras estructuras vivientes de funciones más relevantes—hayan sido el blanco de actos operatorios y de inmisericordes extirpaciones.

Mas es el caso de preguntarse: ¿Son las amígdalas y el apéndice, adminículos realmente inútiles? ¿Son acaso rezagos frustráneos en el desarrollo ontogenético u obsoletas remanencias en el orden filogenético?

No estamos inclinados a ver las cosas en el sentido afirmativo. Lo que es ontogenética y filogenéticamente inútil se atrofia y desaparece. La naturaleza, esa mágica nirvana, nada conserva que sea supernumero y superfluo: **Natura abhorret ab inane et vacuo.**

Si en realidad fueran órganos inútiles e inanes, ya habrían transcurrido milenios desde su desaparición, así como se han desvanecido, —sin dejar de sí residuo alguno—, los dedos superfluos de los equinos, **por ejemplo**, a los cuales no les queda sino un solo dedo, única formación digital que hoy posee el caballo.

Tanto las amígdalas como el apéndice, son órganos de estructura definida, son conglomerados de nódulos linfáticos bien caracterizados, ordenadamente dispuestos y que obedecen a un plan preconcebido. Se nota en ellos una actividad cariomitótica exuberante que sería absurda y carente de objeto, si existiera en tejidos que tuvieran una misión meramente ancilaria, redundante y superflua. El hecho de ignorar su función precisa y categórica, no nos faculta para declarar *ex cathedra* su inutilidad y no debe darnos franca para eliminarlos, sin un motivo bien plausible y bien fundado. Una simple hipertrofia, un inicio de proceso flogósico que muchas veces es fugaz y errático, no debería ser un motivo que bastara para decidir de una manera inexorable su holocausto.

Que alguna misión importante tienen las amígdalas, está revelado por el simple hecho de estar colocadas a manera de atalayas en el borde de las fauces y en la encrucijada de las vías aéreas con el canal o sumidero alimenticio. Esas dos glándulas, ubicadas una a la derecha y otra a la izquierda del arrebolado istmo bucal, emiten perennemente células linfáticas migratrices, que salen de las trabéculas glandulares a través de aberturas puntiformes, dando a la superficie de esas formaciones un aspecto punteado, como el de la cáscara o perisperma de una almendra. Tal circunstancia, unida a la forma que poseen, les ha merecido el nombre de amígdala, que en vocábulo greco-latino significa almendra. Ahora bien, las células migratrices linfáticas que en gran copia y asombrosa profusión son vertidas en la encrucijada faringo-laríngea, desempeñan indudablemente un cometido, no pudiendo ser otro que una misión policial, por decirlo así, esto es, la de impedir y controlar por actividad fagocitótica, la invasión de gérmenes e inficionantes esquizomicetos en las vías aéreas y en las vías digestivas. Esta incumbencia, por cierto, de carácter alexínico, se opera, no embargante otras finalidades que pueden tener esas glándulas. No les es probablemente ajena una virtualidad endocrínica en relación con el crecimiento y con el intercambio nutritivo.

Iguales reflexiones tienen también aplicación y cabida para el apéndice vermicular, ubicado en una localidad topográficamente estratégica cerca del tránsito del íleo al intestino grueso, en el ciego, es decir, en el remanso obligado del bolo o papilla digestivo-alimenticia; lugar que, dicho sea de paso, es singularmente propicio para las fermentaciones. La acción policial que ejercen allí los planetocitos o células migratrices que en abundancia salen del apéndice, es de una importancia suma para que el proceso zímico no se desvirtue y se desvíe hacia la formación de ptomainas deletéreas.

Tanto las tonsilas, como el apéndice, son formaciones que pertenecen al gran sistema reticulo-endotelial y son especialmente importantes para la niñez, época de la vida en la cual el cuerpo no ha adquirido aún la relativa inmunidad propia de la vida adulta, inmunidad conquistada al cabo de victoriosos combates y de oponer resistencia a las toxinas y bacterias constantemente conjurantes contra su estado normal.

Los mencionados alcázares—el amigdalino y el apendicular—emplazados en lugar tan propicio para la defensa del ser humano, no deben ser inmolados—con poco sensata festinación—sino cuando existe ineludible necesidad. Un tratamiento prudencial y no exageradamente expectante, puede tener el benéfico resultado de conservar esas vallas y fortalezas orgánicas, tan útiles, sobre todo, en las primeras etapas de la vida.

En el escrutinio de los datos anamnésicos de muchos enfermos tuberculosos que ambulan por los dispensarios, se encuentra el sufrimiento de la garganta y la amigdalectomía bilateral señalada como punto de partida de la recrudescencia de su mal torácico. Otros dan como dato de su agravación, la apendicectomía de que fueron objeto en alguna ocasión pretérita. Efectivamente, la tonsilectomía y apendicectomía son operaciones frecuentes y que se llevan a cabo, permítasenos decir, con exagerada **consuetud**, con la poco sana y la heterodoja idea de que se quita un órgano que está de más. Para colmo de extravío, este concepto no sólo reina entre profanos, sino que también entre algunos profesionales.

El anhelo de esta disertación es demostrar con la experiencia de muchos enfermos tuberculosos—cuyo mal se ha agudizado a raíz de estas mutilaciones—que los órganos aludidos no son supernumerarios, sino que al contrario son útiles a la economía humana, por lo que debemos respetarlos en la medida de lo posible y no sacrificarlos o extirparlos con poco meditada facilidad y condescendencia.

Dr .E. Campodónico,
de Lima (Perú).